

No renuncio a la esperanza

Jorje H. Zalles

* Investigador, catedrático y escritor.

Comienzo admitiendo, francamente, que me inclinaba a pensar —y lo dije públicamente en varias ocasiones— que no llegaría a ocurrir la invasión rusa a Ucrania. Aunque las evidencias de que podía ocurrir eran masivas, creí posible que en la mente del presidente Putin pesaran más los motivos para no hacerla, incluidos el humanitario deseo de evitar miles de muertes y destrucción masiva, más los potenciales efectos negativos de la guerra para la economía rusa y la de él mismo y su círculo cercano. Pero no fue así.

Podemos identificar varios factores que habrían influido en que la balanza mental de Putin se inclinara hacia la acción violenta. Tal vez le tentó la percepción de un Occidente debilitado por la pandemia y sus consecuencias, incluidos desequilibrios en las cadenas de abastecimiento, inflación y tensiones en los mercados laborales. Tal vez influyó también un aparente debilitamiento de la OTAN a causa de fuertes diferencias con el expresidente Donald Trump y del retiro de la canciller

En el pabellón desde el cual los visitantes podíamos ver a una jauría de leones paseando por enormes espacios abiertos, vi, en la parte alta de una pared, un cartelito que decía: «Usted está viendo a la única especie que sistemáticamente destruye a sus propios miembros».

alemana Angela Merkel. Más allá, sin embargo, de los factores externos que pueden inclinar la balanza en una u otra dirección, están las fuerzas interiores.

Hace casi 60 años llevé a mi hermano menor a visitar el zoológico del Bronx, en las afueras de Nueva York. En el pabellón desde el cual los visitantes podíamos ver a una jauría de leones paseando por enormes espacios abiertos, vi, en la parte alta de una pared, un cartelito que decía: «Usted está viendo a la única especie que sistemáticamente destruye a sus propios miembros». Me extrañó, porque nunca había oído o leído de guerras entre leones,

pero luego me di cuenta de que debajo del cartelito había un enorme espejo, en el cual se reflejaba mi propia imagen. El cartelito se refería a nuestra especie, la única que sistemáticamente destruye a sus propios miembros.

La invasión rusa a Ucrania representa un fracaso de todo aquello por lo cual he bregado como educador durante toda mi vida adulta: la negociación, el manejo y la resolución de conflictos, la diplomacia, los buenos oficios, la razonabilidad, la seguridad colectiva.

La invasión rusa a Ucrania representa un fracaso de todo aquello por lo cual he bregado como educador durante toda mi vida adulta: la negociación, el manejo y la resolución de conflictos, la diplomacia, los buenos oficios, la razonabilidad, la seguridad colectiva. Siento mío ese fracaso. Seguimos fracasando. Y tenemos la consecuente obligación moral de reflexionar sobre ese fracaso. Reflexiono sobre él en estas líneas, explorando dos preguntas esenciales: ¿Por qué han podido más, nuevamente, las fuerzas destructivas? Y: ¿Quiénes trabajamos en favor de las relaciones constructivas entre personas y grupos humanos somos unos ilusos que perseguimos sueños vanos e inalcanzables?

Buscando responder a la primera pregunta, infiero que el presidente Putin decidió desatar el horror, como lo hacen muchísimas personas en todo tipo de contexto – desde los más pequeños hasta los macro-sociales– porque nuestra especie aún no ha desarrollado el arte de criar y educar seres

humanos plenamente humanos. Un ser humano «plenamente humano» es aquel que ha alcanzado altos niveles de desarrollo psicológico, emocional e intelectual y que, en consecuencia, es capaz de tomar decisiones que siempre prioricen el respeto por la vida, el bienestar y los derechos de los demás. El señor Putin no es plenamente humano: lo dominan, entre otras emociones destructivas, la frustración por el disminuido rol de Rusia en el concierto internacional y el deseo de mostrar su capacidad para imponerse, que no es más que un mecanismo de compensación. Sus demonios interiores pueden más de lo que pueda haber de sano y constructivo en su interior, o que las influencias positivas que pudieran ser ejercidas sobre él.

¿Por qué actúa así el señor Putin? ¿Qué les hace violentos y destructivos a él y a tantas otras personas? La respuesta es clara: un ser humano se vuelve tan inhumano como Vladimir Putin porque desde la temprana infancia ha sufrido de carencia de respeto, cuidado, amor y protección y, al contrario, la constante presencia de abuso, maltrato, desprecio y hostilidad. ¿Cómo habrá sido criado y educado Vladimir Putin? Me estremece tratar de imaginarlo. ¿Cómo son criados y educados millones de niños y jóvenes en todo el mundo? A palos y golpes, físicos, emocionales y psicológicos, con muestras de irrespeto, desprecio, prepotencia, actitudes autoritarias y los consabidos argumentos de «Porque soy tu papá» y «Porque yo lo digo» que, en la Unión Soviética en la que Putin creció, estaban magnificados en grados extremos.

¿Es posible criar y educar de otra manera? Sin ninguna duda: hay quienes lo hemos hecho y lo hacemos, buscando estimular –primero, con respeto y bondad– el

desarrollo emocional que asegure altos niveles de empatía –la mayor motivación posible para no querer hacer daño–; segundo, ayudando a desarrollar –con entrega de responsabilidades y estímulo a la independencia– la fortaleza psicológica, que es capaz de resistir las tentaciones de la ira, el ánimo de venganza y demás emociones destructivas; y tercero, renunciando a la pretenciosa idea de que podemos «enseñarlos», y más bien estimulando el desarrollo de valores morales con base en la reflexión intelectual que lleva a su adopción por convicción, no por miedo al castigo. En suma, una formación liberal, socrática, amable, que genera seres plenamente humanos como Mahatma Gandhi, Nelson Mandela, el Papa Juan Pablo II...

Gigantes morales como ellos nos parecen excepcionales, pero no tienen por qué serlo. Nuestro desafío común, si algún día hemos de ser libres de los peligros a los que nos someten los Putin del mundo, es volver cada vez más común ese desarrollo pleno de las facultades humanas, la vital presencia de los que Steven Pinker describe como «nuestros mejores ángeles».

Ofrezco también mi respuesta a la segunda de las preguntas que dejé planteada al inicio, de si somos ilusos los educadores, diplomáticos, comunicadores y tantos otros que, desde diversos lugares públicos y privados, trabajamos en favor de las relaciones constructivas entre personas y grupos humanos. Les he hecho esa pregunta a mis alumnos, a través de las décadas, y muchos de ellos me han respondido que sí, que la idea de que los seres humanos podamos vivir en relaciones armónicas y mutuamente constructivas es una ilusión inalcanzable, una utopía, un auto-engaño.

Tal vez lo sea. Ciertamente espero que no, pero no puedo afirmarlo porque no tengo –ni pretendo tener– el don de las predicciones. Me parece inútil, incluso, hacerlas. Prefiero abordar el tema de si somos o no ilusos afirmando no con optimismo, sino esperanza, como la entendía Vaclav Havel, poeta checo que, cuando cayó el odioso régimen soviético se convirtió en el primer presidente de la Checoslovaquia libre. Havel ha escrito: «Entiendo a la esperanza como un estado mental, no un estado del mundo. O tenemos esperanza o no la tenemos: es una dimensión del alma, y no depende de alguna observación en particular de la realidad o de un estimado de la situación.

«Entiendo a la esperanza como un estado mental, no un estado del mundo. O tenemos esperanza o no la tenemos: es una dimensión del alma, y no depende de alguna observación en particular de la realidad o de un estimado de la situación.»

«La esperanza no es un pronóstico. Es una orientación del espíritu, una orientación del corazón: trasciende al mundo que nos rodea y está anclada en algún lugar más allá del horizonte: (...). La esperanza, en este sentido profundo y poderoso, no es lo mismo que la alegría de que las cosas van bien. Es, más bien, la habilidad para trabajar por algo porque es bueno, no porque tenga buenas posibilidades de éxito. Es la certeza de que algo hace sentido, no importa cómo vaya a salir».